



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

## EL SILENCIO

A través de los siglos, los seres humanos han meditado sobre sí mismos, sobre sus facultades y sentimientos. Han hecho un laboreo interior para profundizar su intimidad. Aprovechar esta exploración me parece imprescindible si no queremos extraviarnos en una superficialidad apresurada, que pretende inventarlo todo a la carrera. El gran Dilthey decía que el hombre no se conoce a sí mismo por introspección, sino atendiendo a las cosas que ha hecho a lo largo de su historia, es

decir, a la cultura. A esto se debe mi interés por conocer la historia de las experiencias humanas, la genealogía de las cosas, las etimologías de las palabras, las tradiciones, que son trampolines del pasado que nos lanzan al futuro. Hace unos años, los carmelitas del Desierto de las Palmas, en Castellón, me invitaron a visitarles. Sobre el áspero paisaje, las pequeñas ermitas recordaban la larga tradición de la vida eremítica. El desierto ha sido siempre un poderoso símbolo de vida espiritual. La invitación era para que les hablase sobre el silencio. Desde entonces, vuelvo con frecuencia a este asunto, que nos obliga a internarnos en la profundidad humana.

Hay, al menos, cuatro tipos de silencio. El primero es el silencio del que calla. “El más sabio hablar es el callar”. Es el que me interesa menos, por su ambigüedad. Callar puede ser también la de-

mostración de una gran cobardía o de una gran crueldad. Prefiero los otros silencios. Mencionaré primero el silencio exterior. El ruido nos acecha o nos invade. La cultura moderna ama la excitación y odia el silencio. Por eso nuestros jóvenes oyen música continuamente, mientras andan, van en bicicleta, estudian o se divierten. Ortega, en un magnífico estudio, opuso el ensimismamiento a la alteración. Cuando el animal deja de tener estímulos exteriores, se duerme. En cambio, el hombre permanece despierto y se ensimisma, se mete dentro de sí y re-flexiona, se recoge en su intimidad. Hay otro tipo de ruido, el que estudia la teoría de la información: es ruido todo lo que daña la comunicación. “Había demasiado ruido y no

entendí nada”, escribió un joven poeta alemán antes de suicidarse.

**EL SILENCIO MÍSTICO ES EL MÁS MISTERIOSO, ¿QUÉ OÍAN LOS MÍSTICOS EN SU GRAN SILENCIO? OJALÁ LO SUPIERA**

El tercer silencio es el silencio interior. Continuamente suenan voces dentro de nosotros, que nos gustaría acallar: las de la inquietud, la obsesión, las de algunos deseos. La búsqueda de este silencio ha sido siempre el objetivo de

las asceticismos, de la hindú a la cristiana. Patanjali, el fundador del yoga, quería conseguir la detención de las ocurrencias, la paralización de ese flujo interior incontinente. La serenidad es un cierto silencio.

Pero el acallamiento de las voces interiores no es un fin, sino un principio. Llegamos al silencio más misterioso, el silencio místico. Los místicos hindúes, budistas, cristianos o sufíes nos dicen que cuando el alma alcanza el silencio absoluto, emerge el sonido de Dios. San Juan de la Cruz lo explica en una frase certera: “Aprender a poner las potencias en silencio para que hable Dios”. En plena algarabía, esas palabras suenan casi como una tentación. ¿De dónde viene la unanimidad de los místicos de todos los tiempos? ¿Qué escuchaban en su gran silencio? Ojalá lo supiera. ■



Raúl